

PARA ENTENDER:

LA CRISIS DEL FENTANILO: ESTIGMAS, USOS MÉDICOS Y RIESGOS SOCIALES

Daniela Casillas Gómez

30-Septiembre-2026

INTRODUCCIÓN

El fentanilo es una de las drogas más mencionadas hoy en día cuando se habla de salud pública, adicciones o narcotráfico. Pero lo que muchas veces se olvida es que el fentanilo nació como un medicamento muy útil. Durante muchos años fue una herramienta fundamental para aliviar dolores intensos en pacientes con enfermedades crónicas, con quemaduras graves o que pasaron por cirugías complejas. Su uso estaba reservado a contextos médicos donde otros analgésicos no eran suficientes.

Con el paso del tiempo, el fentanilo comenzó a ser fabricado y distribuido fuera del entorno hospitalario, generando una serie de nuevos riesgos. Su uso no supervisado, su falsificación en laboratorios clandestinos y su mezcla con otras sustancias recreativas lo convirtieron en un componente impredecible y peligroso en el mercado de drogas. Esta transformación trajo consigo un aumento en las sobredosis, muertes inesperadas y una mayor preocupación social. Al mismo tiempo, comenzaron a visibilizarse problemas estructurales que rodean el consumo de sustancias: la estigmatización de quienes las usan, la desinformación generalizada, la criminalización de los pacientes y la falta de acceso a sistemas de salud integrales y eficaces.

EL FENTANILO COMO HERRAMIENTA TERAPÉUTICA

Desde su creación en la década de 1960 por el químico Paul Janssen, el fentanilo fue reconocido por su alta potencia: entre 50 y 100 veces más fuerte que la morfina. Esto lo convirtió en una opción de última línea para aliviar el dolor insoportable, especialmente en cuidados paliativos o en anestesia general. Se administra en diferentes presentaciones como parches transdérmicos, pastillas, gotas sublinguales o inyecciones intravenosas, siempre bajo estricta supervisión médica.

En contextos clínicos, el fentanilo sigue siendo una medicina válida, necesaria y segura cuando se usa correctamente. Su utilidad ha sido vital para controlar el sufrimiento en pacientes con enfermedades graves. El problema no es su existencia, sino su uso desviado: cuando se vende de forma ilegal, se falsifica, se mezcla con otras drogas o se consume sin ningún tipo de control. En estos casos, su potencia se convierte en un riesgo altísimo para la salud y la vida.

Además, en muchos países, la distribución médica del fentanilo está altamente regulada, pero eso no impide que versiones ilícitas de la sustancia circulen en el mercado negro. Estas versiones suelen ser producidas en laboratorios clandestinos sin controles de calidad, lo que aumenta el riesgo de sobredosis accidental.



ESTIGMAS SOBRE EL USO DE OPIOIDES: ¿QUÉ TAN REALES SON?

Durante mucho tiempo, el uso de opioides ha estado rodeado de prejuicios y malentendidos. Se pensaba que solo las personas “débiles”, “adictas” o “delincuentes” recurrían a estas sustancias. Esta visión no solo es injusta, sino también peligrosa, porque impide ver que muchas personas llegan a los opioides por motivos médicos legítimos y necesitan tratamientos seguros y compasivos.

Por ejemplo, pacientes con dolor crónico, mujeres con enfermedades reumatológicas, personas mayores o quienes están en cuidados paliativos pueden beneficiarse del uso controlado de opioides. Sin embargo, el miedo al estigma social hace que incluso quienes los necesitan duden en usarlos, o que los profesionales de la salud se muestren temerosos de recetarlos, aunque sean necesarios.

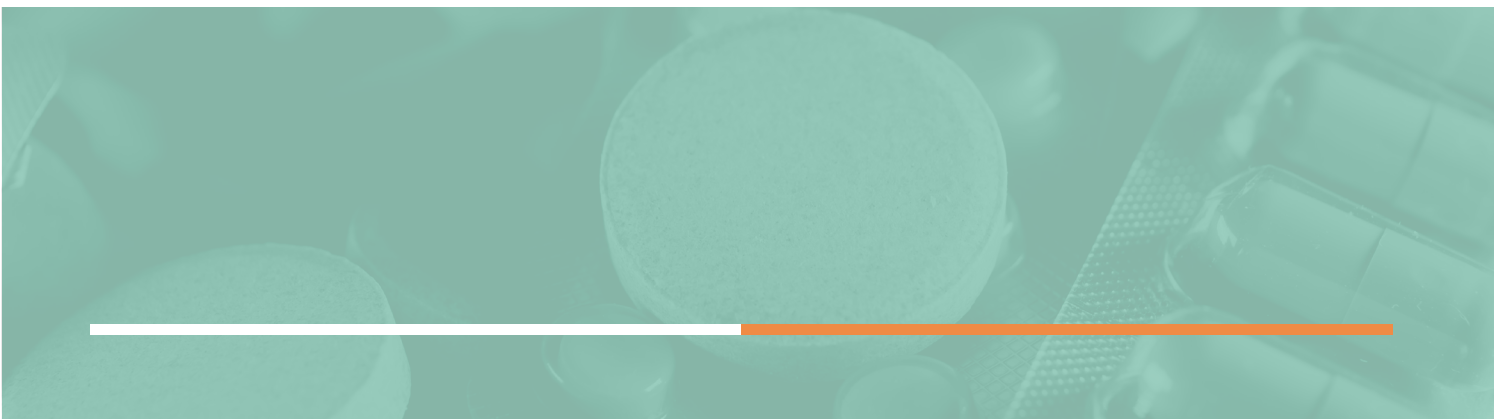
La estigmatización también dificulta que las personas que han desarrollado una dependencia a los opioides busquen ayuda. Temen ser juzgadas, rechazadas o criminalizadas, cuando en realidad necesitan apoyo integral que incluya atención médica, salud mental, acompañamiento familiar y reintegración social. Las barreras culturales, el lenguaje agresivo contra los usuarios de drogas y la falta de programas comunitarios agravan este aislamiento.

¿EN QUÉ MOMENTO COMENZÓ LA CRISIS?

La crisis del fentanilo no surgió de la noche a la mañana. Comenzó a tomar fuerza a partir de los años 2000, especialmente en Estados Unidos, cuando el uso excesivo de opioides recetados derivó en un aumento progresivo de las adicciones. Medicamentos como la oxicodona se distribuyeron de forma masiva, lo que generó una alta dependencia entre muchos pacientes.

Al notar esta creciente demanda, ciertas redes ilegales comenzaron a producir versiones sintéticas del fentanilo, muchas veces más baratas y más potentes, y las mezclaron con otras drogas como heroína, metanfetaminas o cocaína. Muchas veces, el consumidor ni siquiera sabe que está consumiendo fentanilo.

La facilidad con la que se puede fabricar en laboratorios clandestinos, su alto rendimiento por cantidad, y su potencia mortal con tan solo unos miligramos lo convirtieron en una droga rentable pero extremadamente letal. Desde entonces, las sobredosis por fentanilo se han convertido en una de las principales causas de muerte en personas jóvenes en Norteamérica y están aumentando en América Latina, Europa y Asia.





EL IMPACTO SOCIAL: MÁS ALLÁ DE LA SUSTANCIA

La crisis del fentanilo no se trata solo de una sustancia peligrosa. Es también una crisis que expone otras vulnerabilidades sociales: problemas de salud mental no tratados, pobreza, marginación, falta de oportunidades, sistemas de salud fragmentados o inalcanzables y políticas públicas punitivas más que preventivas.

El miedo, el castigo y la criminalización han creado un entorno en el que las personas que consumen drogas se esconden, no piden ayuda, y en muchos casos mueren sin atención médica. Además, los servicios de urgencias, policías, trabajadores sociales y comunidades no siempre están preparados para actuar ante una sobredosis o acompañar procesos de rehabilitación.

Cambiar esta realidad implica ofrecer información clara y accesible, eliminar prejuicios, capacitar al personal de salud y garantizar tratamientos integrales que incluyan alternativas terapéuticas, atención psicológica, apoyo comunitario y políticas públicas centradas en los derechos humanos. Es necesario invertir en la prevención, pero también en la compasión.

CONCLUSIÓN

El fentanilo puede ser un medicamento que salva vidas o una sustancia mortal, dependiendo de cómo, cuándo y por qué se use. Lo que marca la diferencia no es solo el compuesto químico, sino el contexto social, cultural, médico y político en el que aparece.

Para enfrentar esta crisis no basta con prohibir, castigar o señalar. Es necesario comprender, educar, acompañar, ofrecer tratamientos dignos y, sobre todo, dejar de juzgar. La estigmatización no cura: solo aleja a las personas de la ayuda que necesitan. Hablar del fentanilo con empatía, evidencia y humanidad es el primer paso para salvar vidas, prevenir más tragedias y construir una sociedad más consciente, informada y justa.

Un enfoque integral sobre el fentanilo no solo ayuda a quienes están en riesgo: mejora nuestra capacidad colectiva de cuidar, proteger y transformar nuestros sistemas de salud y convivencia.

Nota: Este texto fue redactado con el apoyo de ChatGPT, una herramienta de OpenAI.



Bioética
PARA TODOS